

entre los siglos XIV y XVI, e incluso más tarde.

La evolución de los elementos de la notación musical prosiguió hasta convertirse en el sistema en el que Bach y Beethoven escribieron sus obras maestras y que todavía hoy en día aprendemos en los conservatorios y escuelas

de música. De este modo, la notación acabó convirtiéndose en un factor distintivo de la música occidental con respecto a cualquier otra tradición conocida. Una herramienta que ha permitido conservar hasta nuestros días un ingente repertorio musical que no ha dejado de aumentar a lo largo de los siglos.

Bibliografía

APEL, W. (1958): *Gregorian Chant*. Indiana University Press.

ASENSIO, J. C. (2008): *El canto gregoriano*. Madrid: Alianza Editorial.

HILEY, D. (1993): *Western Plainchant. A Handbook*. Oxford: Clarendon Press.

LEVY, K. (1998): *Gregorian Chant and the Carolingians*. Princeton: University Press.

Texto: Rafael Fernández de Larrinoa, octubre de 2020

Adaptación del texto: Dori Fernández (Departamento de Difusión)

Pieza del mes emitida en directo en Instagram (@MANArqueologico) el 19 de octubre de 2020.

Museo Arqueológico Nacional

Departamento de Difusión

Serrano, 13

28001 MADRID

Tel. (+34) 915 777 912

Fax (+34) 914 316 840

www.man.es/man/actividades/pieza-del-mes.html

LA MÚSICA EN EL MUSEO

Tabla de la Misa de San Gregorio

La notación
musical

DOMINGOS 11:30 H.
OCTUBRE 2020



La Tabla de la Misa de San Gregorio de Juan de Nalda ilustra el milagro del sangrado de la hostia, obrado cuando el pontífice Gregorio I pidió una señal divina para convencer a un fiel que dudaba de la doctrina de la transubstanciación. La presencia en el altar de lo que parece una partitura –un anacronismo, dado que éstas aparecieron tres siglos después del reinado del papa– alude a otro importantísimo mito ligado a este Padre de la Iglesia, el de la invención del repertorio musical que lleva su nombre: el canto «gregoriano». Sin embargo, en el siglo XV, momento en que se pintó la tabla, la notación musical era ya un logro muy extendido.

Tabla de la Misa de San Gregorio

Esta tabla de madera de finales del siglo XV pertenece a un retablo procedente de la iglesia del monasterio de Santa Clara de Palencia. Sobre ella, aparece pintada al óleo una escena de estilo gótico hispano-flamenco que representa la misa de San Gregorio, atribuida a Juan de Nalda, maestro de gran calidad pictórica. La escena narra la consagración eucarística celebrada por el papa Gregorio I (San Gregorio o Gregorio Magno, 540-604) en la que se produjo el milagro de la aparición de Cristo, en presencia de un cardenal y otros clérigos. Cristo aparece mostrando sus estigmas, de los que brota sangre, y rodeado de los instrumentos de la Pasión, como son el paño de la Verónica, las varas y la columna de la flagelación, la túnica sorteada entre los soldados, etc. El altar muestra el cáliz que recogerá la sangre de Cristo y también dos candeleros, un misal y lo que parecen ser dos partituras enmarcadas formando un díptico. Estas partituras presentes en una misa celebrada por el papa Gregorio I suponen un anacronismo, dado que la notación musical no apareció en Occidente hasta tres siglos después de su reinado papal. Aluden, sin embargo, a otro importantísimo mito ligado a este Padre de la Iglesia, el de la invención del repertorio musical que lleva su nombre: el canto «gregoriano», también denominado romano.

El origen del canto gregoriano

Por «canto gregoriano» entendemos el conjunto de varios cientos de melodías cantadas en la misa a lo largo del año litúrgico, siguiendo un estricto calendario establecido por la Iglesia de Roma. Este canto fue siempre monódico, es decir, que constaba de una única línea melódica. Es el denominado canto llano. Al ser cantado en latín, contribuyó a mantener la uniformidad de la música litúrgica en toda Europa. En tiempos del papa Gregorio I Magno, el repertorio litúrgico romano acumulaba ya varios siglos de lento pero permanente crecimiento, transformación y sistematización, un proceso del cual conocemos pocos datos. Al menos desde mediados del siglo IX, se le atribuye la autoría de este vasto repertorio musical que, según una leyenda medieval, le había sido dictado al oído por una paloma. Sin embargo, la tarea del papa Gregorio I con respecto al canto gregoriano pudo haberse limitado a la reorganización de la capilla papal (*Schola Cantorum*) y a la reubicación de algunos cantos a lo largo del año litúrgico. La composición *ex nihilo* del canto gregoriano tampoco habría sido posible en una fecha tan temprana debido a que, en tiempos de este papa, aún no se había desarrollado la notación musical: la música no se podía escribir y solo podía preservarse mediante la transmisión oral, sujeta a las imprecisiones y caprichos de la memoria y sometida a una lenta pero permanente transformación. El proceso de aprendizaje de todo el repertorio musical se llevaba a cabo en las escuelas eclesiásticas, a cargo de los miembros más veteranos. Pero no fue la laboriosidad en la enseñanza del canto la que incitó a los clérigos a idear la notación musical, sino un ambicioso proyecto político desplegado por la monarquía franca durante el periodo carolingio, en el que la liturgia romana cumplió un decisivo poder propagandístico.

El origen de la notación musical

Poseedor de una tradición emparentada con la visigótica, el reino franco cultivaba desde siglos antes una liturgia propia, la galicana, y un repertorio musical también propio –el canto galicano–, del que no se conservan tes-

timonios musicales. La sustitución del rito y canto galicanos por el rito y el canto romanos, de gran valor simbólico en la alianza entre la monarquía carolingia y el papado, se habría decidido ya hacia el año 752, en tiempos de Pipino. De este modo, en los tiempos de la coronación de Carlomagno como *Imperator Romanum gubernans Imperium* (emperador del Imperio Romano) en la sede pontificia en el año 800, el canto gregoriano habría suplantado ya al rito autóctono en la mayor parte del Imperio. A la proclamación del canto romano como liturgia oficial del reino carolingio y la abolición del canto galicano siguió, a lo largo de los siglos subsiguientes, la extinción de otras liturgias latinas, como la visigótica. Este largo y exitoso proceso de unificación de la liturgia católica no habría sido posible sin el desarrollo de una poderosa herramienta: la notación musical.

De la tradición oral a la escrita

Esta supresión del canto galicano y su sustitución por el romano constituyó una empresa ardua y costosa. El tránsito de la oralidad a la notación no fue sencillo ni inmediato, pues exigió resolver previamente algunas cuestiones teóricas de enorme calado, por ejemplo ¿cuántas notas musicales son necesarias para transcribir las melodías gregorianas? ¿cuántas escalas diferentes? Así, intentando responder a estas y otras cuestiones, los *scriptoria* carolingios vieron nacer textos fundamentales de la teoría musical occidental como el anónimo *Musica enchiriadis* o los atribuidos a Hucbaldo de Saint-Amand (*De harmonica institutione*) y Aureliano de Réôme (*Musica disciplina*).

La notación musical desarrollada por los clérigos carolingios no fue creada con el propósito de difundir directamente el canto romano. Por ejemplo, llevando copias de los cantorales manuscritos, muy costosos de producir, a cada uno de los centros religiosos del Imperio. Además, su peculiar sistema de notación, similar a un elaboradísimo sistema de acentos denominados neumas (del griego $\piνεῦμα$ = respiración), escritos por encima del texto, no era útil para decodificar las melodías: los neumas no indican la altura exacta de las notas, sino su altura relativa (si sube

o si baja con respecto a la anterior), como tampoco indicaban su duración exacta. Vistas estas limitaciones, se ha interpretado que servirían de apoyo a la memoria de cantores autorizados, ayudándoles a recordar los detalles de los cantos. Este sistema, sin dejar de apoyarse en la oralidad, permitió corregir las desviaciones volviendo una y otra vez al modelo escrito.

El valor de la notación musical

Se puede afirmar que la notación musical fue quizá la aportación más influyente y duradera de la era carolingia a la cultura europea. A diferencia de otros sistemas ensayados con anterioridad (existen restos babilónicos y griegos), la notación carolingia no quedó como un episodio aislado. Por otro lado, y a diferencia de un sistema similar desarrollado en Bizancio por las mismas fechas, la notación-occidental trascendió el ámbito litúrgico y acabó extendiéndose a la composición musical en prácticamente todas sus manifestaciones.

Esta notación musical legada por los carolingios se perfeccionó lentamente, incorporando la diastematía (determinación precisa de las alturas o notas musicales) hacia el año 1000. La indicación, cada vez más rigurosa y versátil, de las duraciones se desarrolló a partir de ca. 1200 en torno a los polifonistas de la catedral de Notre Dame, y siguió evolucionando. La notación del canto gregoriano no llegó a incorporar estas innovaciones métricas, pero hacia el siglo XIII adoptó la peculiar forma cuadrada que también asociamos a la caligrafía gótica y que aún se mantuvo en los libros de coro del siglo XV.

Esta sería la notación que se adivina en el díptico situado en el centro del altar, tras del cáliz, en la tabla de Juan de Nalda. Y, aunque la pintura no desciende al detalle para reconocer ni el texto escrito en la partitura, ni la melodía, ni el sistema de notación, podemos distinguir una gran C al inicio de una de las líneas, correspondiente a la clave de Do. La función de estos dípticos, fabricados en ocasiones en algún tipo de metal fundido, era contener los formularios musicales utilizados por los celebrantes, y fueron empleados